

**SEMANARIO POLÍTICO**  
**SE PUBLICA LOS SÁBADOS**  
 Redacción y Administración:  
**ALBERTO AGUILERA, 52.**  
 NÚMERO SUELTO: 20 CTS.

# El Motín

FUNDADO EN EL AÑO 1861

**PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN**

MADRID: Trimes. 3 pta; Sem: 6, Año, 16  
 Provincias: Trimes. 3; Sem: 6; Año, 12  
 Ultramar y Extranjero: Año, 20

**PAGO ADELANTADO**

Corresponsales: 25 números 5 pta

Año XLV.

Madrid, Sábado 7 de Noviembre de 1925.

Número 45.

## DE JUEVES A JUEVES

El general Sarjurjo ha sido nombrado Alto Comisario y los generales Castro Girona y Federico Berenguer comandantes generales de Melilla y Ceuta respectivamente.

El Presidente del Directorio Militar irá a Marruecos en breve para dar posesión al Alto Comisario.

\*\*\*

Cambó ha escrito otra carta al Presidente del Directorio Militar. Anuncia en ella que, previa autorización de la censura, hablará en la Prensa del problema de Marruecos.

Primo de Rivera, en una breve respuesta ha dicho que «del abandono ni hablar» y ha alabado a Cambó, que, «como tiene amplia visión de las cosas, no está obligado a la consecuencia, que es, acaso, la forma más soberbia de la estupidez ó más estúpida de la soberbia».

\*\*\*

A los hulleros, que pusieron el honrado grito industrial en el cielo con toda eficacia cuando se habló de un impuesto sobre los beneficios extraordinarios durante la guerra, se les va a dar un subsidio de un diez por ciento sobre el precio del carbón, á fin de aliviarlos ahora que la industria va mal.

\*\*\*

En el banquete del Congreso de la Pesca, un señor dió un grito subversivo; pero días después, al saber que le buscaban, se presentó á la policía á decir que no se explicaba cómo pudo dar ese grito cuando él es partidario acérrimo del régimen actual.

Pues si no se lo explica, yo se lo explicaré: dió el grito por pavonearse con el prestigio que lo subversivo ha tenido siempre; se lo volvió á tragar por conveniencia y miedo. Mézcleuse á partes iguales estos dos nobles sentimientos, y resultará la nueva virtud de la inconsecuencia.

\*\*\*

Las hermanitas de los pobres del barrio de Achuri, de Bilbao, van á entrar en posesión de un legado de dos millones de pesetas.

Estaba yo temiendo, recién leída la noticia, que renegaran del parentesco, cuando cayó en mis manos *El Noticiero Universal* de Barcelona para apartarme de la funesta inclinación á pen-

sar mal. No va la Iglesia por el camino de renegar parentescos, sino todo lo contrario; véase cómo dice una esquila que hay en la primera página del citado periódico barcelonés:

«La Excm. Sra. D.<sup>a</sup> Fulana de Tal, viuda... (suprimo títulos, como he suprimido el nombre) falleció el día 22 del corriente.—El Excmo. Cabildo Catedral, sus hijos, hijos políticos, etcétera...»

«Los hijos del Excmo. Cabildo Catedral? Pero... esos se han llamado siempre sobrinos.

### LA CUESTION RELIGIOSA

## La vieja controversia

Un cursor del Papa, ahorcado.—Memoriales de agravios de la curia romana contra España.—Buen ejemplo

Con gran satisfacción contemplamos que el inquietante problema de Africa parece que va á dejar á nuestros gobernantes tranquilo el ánimo para consagrar su atención á los gravísimos é inaplazables problemas interiores.

Es preciso no olvidar ahora que el problema máximo interior de un pueblo es su problema espiritual. Y en España reviste este problema caracteres agudísimos. La magnitud de un pueblo se mide por su espiritualidad. Y no se puede desconocer que la espiritualidad reinante de este pueblo se manifiesta en su gran escepticismo religioso y un concepto peligrosamente materialista de la vida, al que le han arrastrado los graves y perseverantes abusos, nunca corregidos y nunca reformados del poder espiritual.

El Gobierno no puede olvidar cuál ha sido el proceder tradicional de nuestros reyes y de nuestros poderes civiles en los momentos más vibrantes y más gloriosos de nuestra historia. Los reyes más piadosos y mejores cristianos se han mostrado los más enérgicos frente á la absorbente intromisión de la curia romana en nuestros asuntos interiores.

Fernando el Católico mandó al rey de Nápoles que ahorcara al cursor del Papa, donde quiera que fuese habido, porque llevaba bulas y despachos que creía contrarios á su autoridad, y ni él ni la reina católica cedieron jamás á las numerosas pretensiones ambiciosas de la curia romana.

Carlos V, el gran campeón de la fe católica, que perdió un reino por defender á la Iglesia contra el protestantismo, tuvo prisionero al Papa Clemente VII, cuando éste se metió en en lo que no le incumbía.

Felipe II resistió invariablemente á las exigencias de los Papas Pío IV y Pío V, contestando valientemente «que él deseaba la concordia de la Iglesia, pero sin menoscabo de su autoridad, heredada de príncipes religiosísimos».

Felipe V convocó una junta de teólogos y prelados para castigar al Papa Clemente XI, que se había negado á reconocer y acatar su autoridad. Teólogos y prelados le aconsejaron la actitud más enérgica, y en virtud del consejo, despachó al nuncio, cerró la Nunciatura y prohibió á los obispos toda comunicación con Roma.

No hablemos de la energía del piadosísimo Carlos III frente á las intromisiones de la curia romana y de sus agentes en los asuntos temporales de su reino, aconsejado é informado por los ilustres Campomanes, Roda, Aranda, Moñino y Floridablanca.

Famoso es también el memorial de Chamucero, que fué presentado al Papa por este jurisculto y por fray Domingo Pimentel, valiente obispo de Córdoba. En él se hacían presentes los agravios que España recibía de la curia romana. Este memorial fué después reproducido en el famoso informe del ilustre Melchior de Macanaz, que contenía 55 párrafos delatores de otros tantos abusos de la mencionada curia contra España.

Hoy podemos también presentar un extensísimo memorial de agravios, que concretaremos cuando sea menester.

Nosotros quisiéramos ver revestido al Gobierno del valor que respira el famoso manifiesto al país que le dirigió el Gobierno español en 1841, contestando á la alocución de Su Santidad de 1 de Marzo del mismo año. De este manifiesto son los siguientes párrafos:

«Por fortuna, no estamos ya en los tiempos, de odiosa memoria, en que á un amago del Vaticano temblaban los tronos y se agitaban las naciones. No hay duda de que ahora la intención es en gran manera hostil; pero no debe haberla tampoco de que será repelida y con todo rigor escarmentada, porque los españoles sabrán en esta ocasión, como ya lo han hecho en otras muchas, distinguir perfectamente bien entre lo que deben á su fe, no macula-



da jamás, y lo que deben á su seguridad é independencia; entre los intereses verdaderamente respetables de la Iglesia de Jesucristo, y las pretensiones injustas y nunca abandonadas de la curia romana.»

Y luego prosigue textualmente:

«Marcado tiene S. M. el camino que le señala el ejemplo de muchos predecesores suyos, que sin menoscabo de su religión y de su piedad, han sabido atajar con mano firme y resuelta estas demasías de los pontífices romanos. Al verse reconvenido el rey de Castilla Juan II por la prisión de un prelado, contestó: «que á todo obispo que fuese revolvedor en sus reinos le haría prender la persona, y limpiaría y doblaría su hábito para lo enviar al Santo Padre»...

Y termino diciendo:

Superfluo sería amontonar más ejemplos; de todos resultaría lo mismo que de los que van expresados, y es que los reyes de España, aun los más piadosos, no se han dejado subyugar por estas pretensiones de la Santa Sede, y han defendido sus regalías en las cosas temporales de la Iglesia con un tesón y un vigor que deben servir de norma á sus sucesores.

¿Serán imitados en los tiempos presentes, cuando tanta falta hace, el provechoso ejemplo y la energía tradicional de los reyes de España en los asuntos religiosos de este país, que está perdiendo su espíritu cristiano y encanijándose y agotando su virilidad bajo la camisa de fuerza del régimen eclesiástico imperante?

J. TORRUBIANO RIPOLL

(De *El Liberal* de Madrid.)

## El mes de Noviembre

De los doce del año, el más productivo para el clero es éste, que él dedica á la salud de las ánimas del Purgatorio.

Desde el día 1.º en que cada clérigo dice, aplica y cobra tres misas, amén de lo que saca de responsos, hasta el día 30, no cesan de recibir dinero.

Ya lo dijo un reverendo: «El Purgatorio es la mesa universal de los curas que no tienen canonjías ni beneficios.»

Durante este dichoso mes todas las tardes, en cuanto anochece, las campanas de las iglesias aturden al vendedario con tañidos lastimeros. Es la señal para que los fieles acudan á las prácticas religiosas, que consisten en que, después del rosario que recita un sacris con voz gangosa, trepa al púlpito un clérigo de la clase de oradores fúnebres, y pronuncia una arenga capaz de ablandar los bronceos.

No crean ustedes que todos sirven para esta especialidad; hace falta tener condiciones adecuadas.

Por ejemplo: un clérigo de esos rollizos y coloradotes, por más que se

arranque á llorar desde el púlpito, no acaba por convencer á los fieles de que deben menospreciarse las comodidades de esta vida, para pensar continuamente en la otra. Sus mocfetes desacreditan sus argumentos.

Los más propios para estas tareas son esos reverendos largos como lanzas y flacos como cañas, de avinagrados rostros y ojos hundidos en sus órbitas á fuerza de las vigiliat y los servicios que prestan á las beatas. Estos sí que hacen buena pacotilla en este mes.

Conozco uno á quien se lo disputan á puñetazos los cofrades por la maña que se da para arrancar lágrimas al auditorio.

Mal comparado, es como esos memorialistas que se dan maña para solitudes y memoriales lacrimosos: nunca les falta parroquia. Y luego el amigo se trae una erudición de empresa funeraria, y un arsenal de imágenes y alegorías retóricas apropiadas al caso, que no hay más que pedir. Eso sí, todos los días repite lo mismo; pero es lo que él dice cuando alguien se lo echa en cara:

«¡Pues qué, señores! ¿la muerte no es siempre la misma? ¿Sus consecuencias no son siempre gusanos? ¿El polvo de las tumbas no es siempre polvo?»

En lo que más fuerte está es en los asuntos del Purgatorio. ¡Con qué minuciosidad refiere cuanto ocurre por allí! ¡Si parece que lo ha visto ó que todos los días le envían noticias frescas por el cable de ultratumba!

El sabe, sobre poco más ó menos, la cantidad de aceite que hierve en cada caldera como si se tratase de la del buñolero de la erquina; las dimensiones de las tenazas y garfios; los gritos que dan las ánimas cada hora. Todo lo sabe y todo lo explica á sus oyentes, que le escuchan con el alma en un hilo, como vulgarmente se dice.

Después, cuando tiene llenos de terror á beatos y beatas; cuando éstas lloran y aquéllos suspiran, entonces se va al bulto hablando de sufragios que ordenan los difuntos y sus herederos no cumplen; de la facilidad con que se extraen las almas de sus terribles tormentos por medio de misas y oraciones; de la indiferencia y crueldad con que los vivos miran el infortunio de los muertos.

Con esto y cuatro cuentos espeluznantes que llama verídicos, no hay corazón que no se ablande ni bolsillo que no se abra.

El párroco ó rector de la iglesia donde él actúa no se harta de recibir encargos de misas; y cuando el día 30 le paga sus vociferaciones, aun le suelta una gratificación, dándole palmitas en el hombro y diciéndole: «Ha estado usted fuerte; ha apretado usted de firme.»

Y ambos se despiden sonriendo y diciendo para su sotana:

«¿Por que no tendrá el año doce Noviembre?»

## ¡A defenderse!

Los jesuitas que fueron á misionar á Gijón distribuyeron las horas de sus pláticas de este modo: á las cinco de la mañana las criadas, á las ocho las señoras de edad, á las cuatro de la tarde los jóvenes, y á las ocho los hombres.

Cuando estaban solos con las mujeres, las hablaban de que si Lutero tuvo ó no queridas (amas que dicen los curas), tratando además de las interioridades del matrimonio con palabras que avergonzarían á un cabo de tambor.

A los niños les hablaban de que serían más culpables blasfemando del nombre de Dios, que matando con un cuchillo á un niño pequeño, encargándoles á la vez que registraran con mucho sigilo las habitaciones de sus padres, y cogieran y les llevasen cuantos libros encontraran, que ellos les darían otros en cambio.

A las mujeres les aconsejaban que no dieran de comer ni beber á sus maridos é hijos si no acudían á la misión; y en fin, que se atracaron de barbarizar en todos los tonos.

De paso establecieron á la puerta de la iglesia un tenderete de feria con medallas, rosarios, cruces etc., para estafar pesetas fuera al propio tiempo que pervertían las conciencias dentro, sin que las autoridades tomaran determinación alguna; antes bien los acompañaron devotamente á la iglesia el primer día, escandalizando á las personas de buen sentido.

Estamos como queremos los liberales; y si el Gobierno no lo remedia ó las poblaciones no adoptan una digna y enérgica actitud, vamos á tener que emigrar de este país.

Ovidemos, pues, diferencias y acaellemos rencores de partido, para unirnos todos los que odiamos el absolutismo, al grito de ¡liberales, á defenderse!; y en contra de la coalición clerical que humilla al país, lo sonroja y lo avergüenza, formemos otra que lo eleve y lo dignifique.

JOSE NAKENS

1884

## Sos charapotes

(El enfermo, incorporándose en la cama y sentándose).

—Pírame, tráime una misa é vino.

—¡No lo permita Dios! Con que ice el médico que pué que te mueras esta noche ó mañana temprano y te voy á dar vino.

—Pues por lo mismo. Si mi de morir, m'ire contento. ¡Mariano!

—¡Padre!

—Tráime el porrón que está en el recibidor, que quió beber vino.

—¡Pero y lo que han traído de la «botica»?



—Que se lo tome él. ¿Has hecho lo que tú dicho?

—Sí, señor; lo he echao en el barroño con los demás. Aquí viene el fosero.

—¿Qué traís tú aquí?

—Pues que icen que se muere usted, y ya va siendo esto cosa muy larga. Ya hace tres días que tengo los ladillos puestos en agua y el yeso amasao.

—¿Pa qué?

—¡Pues! ¡al nichol!

—Lo que tú quíes es vengarte y asustarme por los getazos que te dí el año pasao, morros de uva. Siéntate ahí, que te vas á beber un porrón de vino conmigo. ¡Pequeño!

—¡Padre!

—¿Traís el vino ú voy yo por él? Aquí no manda nadie más que yo, moñol!

El fosero.—¿Y con esto se quiusté curar?

—Con esto; vaya un vino, ¿eh? ¡Esto es tetal!

—Y el médico, ¿qué ice?

—Lo tenemos engañao; ¿verdad, Pilara?

La mujer.—Va usted á ver lo que hace este con toos los charapotes que le receta el médico. (Va á la cocina y trae un barreño lleno de un líquido oscuro y espeso.)

El enfermo.—¿Ves eso? Pues esos son toos los charapotes que me manda tomar, y que me llevan costáos más de veinte duros. ¡Qué tío ladrón! Viene por la mañana y manda traer un pomico de una cosa que paice tinta; quiebre por la noche y manda traer otro pomico de un unto amarillo que es lo mismo que el «ali oli» que le pongo yo á los caracoles. Al día siguiente unos polvos negros, que antes me re vientos que tomarlos. ¡Y echa pesetas y pesetas! Y yo, pues le digo al pequeño que lo eche todo en ese barreño y lo revuelva, y que me den vino. Y con vino é Cosuenda me voy mejorando; ¿verdad, Pilara?

—La verdá es que está mejor que la semana pasada.

—¡Y lo que estaré! ¡Ala, enterrador de probes; bebe, bebe!

—¿De modo que too eso lo guarda usted? ¿Y pa qué lo guarda usted?

—Pa aprovecharlo. ¿No me cuesta los dineros? Pues me lo guardo.

—¿Qué negruzca está era mistural!

¡Paice cosa mala!

—Pue servir pa abonar las viñas; pa dáselo al perro si rabia; pa dáselo á mi suegra cuando le da el histérico.

La mujer.—¡Ay, que cosas tienes, Manuel! Déja á mi madre, que no se mete con nadie.

—O pa tú, cuando te lavantas rabiosa.

El chico.—Padre, el médico sube.

—¡Llévate eso corriendo! Que no lo vea.

La madre.—Corre, quita el barreño de ahí.

El médico entrando, y sin darles tiempo.—Buenos días; ¿cómo se ha

pasado la noche? (Viendo el barreño.) ¿Qué es esto?

La mujer.—Pues...

El chico.—Pues esto es que mi padre...

El enfermo.—¿Qué quiusté que sea?

¡Qué m'he puesto peor esta madrugada... y hi echao todo eso por la boca!

El médico.—¿Qué barbaridad!

—¿Verdad?

—Pero, en fin, se ha salvado usted, porque... ¿cómo podía usted haber vi-

vido con eso dentro del cuerpo? ¡Se hubiera usted muerto esta tarde!

El enfermo.—¡Pues por eso no mi

muerto; no pienso morirme, porque no lo hi tomao! ¡Esos son los charapotes

que me está usted dando! ¡Le voy á romper el porrón en los sesos! ¡Fuera

de aquí, enfaticidal! ¡Pequeño! ¡Trai vino é Cosuenda! ¡Y traite el guitarral!

EUSEBIO BLASCO

## Chico obediente

Cuentan de don José Flores,

el clérigo más barbián

que luce su baladrán

por estos alrededores,

que estuvo, próximamente,

tres horas una mañana

venga tocar la campana

y voceando atrozmente.

Un muchacho que lo vió

llamar tan apresurado,

se le acercó, y asustado

dicen que le preguntó:

—Don José, ¿qué se precisa?

Aquí estoy: si servir puedo...

—¿Quieres venir, y en un credo

me ayudas á decir misa?

El chico, que no era un bolo,

le replicó con frescura;

—¡Pero, hombre! Siendo usted cura,

no sabe decirla solo?

Pero, en fin, no soy grosero;

y pues que á punto llegué,

con gusto le ayudaré,

si me enseña usted primero.

—Es muy fácil; de este modo;

híncate junto al altar

y en cuanto me oigas hablar

tú dices *amén* á todo.

—¿Nada más? Pues entendido.

El cura se retiró,

y el chico se arrodilló

á cumplir lo prometido

Se vistió el páter con calma,

y al salir dió un tropezón

pegándose un coscorrón

que casi se rompe el alma.

Quedó tendido en el suelo

y el muchacho quietecito,

hasta que de allí á un ratito

dijo el cura con anhelo:

—¡Me he destrozado la sien!

Y en vez de irle á levantar,

el chico, al oírle hablar,

le dijo tranquilo:—*¡Amén!*

JOSE S. R. CELMAS

## ¡Oh! ¡Los niños!

Todas las vecinas estaban en sus puertas y la miraban con menosprecio; los niños dirigían hacia ella sus hociquillos sucios...; los perros iban á olfatear su zagalejo y volvían gruñendo...; los hombres indiferentes decían:

—¡Héla ahí, es la Juana!

El sol poniente revestía de púrpura el cielo, y la brisa, que había de hojando las lilas y los manzanos en flor, era tibia y perfumada.

Ella—la Juana, como la llamaban—tenía veinte años... Era pálida, y sus desgredados cabellos caían en espesas guedejas sobre sus hombros. La miseria había dejado sus huellas en sus mejillas, y la vergüenza en ese día la obligaba á bajar su cabeza.

Un querubín de brillantes ojos, rosadas mejillas y enmarañados cabellos caminaba á su lado, asido de su falda, mirando hacia atrás y sonriendo á los chicleos que le hacían alguna mueca.

Esos dos seres, solos en medio de aquella hermosa aldea, y esa riente Naturaleza, ofrecían un triste aspecto.

Ella atravesó el pueblo y se detuvo en la última casa del lugar. El niño, viéndola llamar á la puerta, fué al encuentro de los chiquillos que los habían seguido, quienes retrocedieron al principio; pero después, como él se acercara á ellos sonriendo, se hicieron camaradas y jugaron juntos.

La Juana había golpeado la puerta...; un anciano salió á recibirla, y retrocediendo al verla, le dijo:

—¿Qué es lo que buscas aquí?

Juana se apoyó en el marco para no caerse.

—¡Vámonos, vámonos, ¡vete!—continoó el anciano—; sal de aquí, mendicante; no manches mi casa.

—¡Padre mío!—dijo Juana suplicante.

—¡Vete!, ¡vete!

Pero la pobre mujer había avanzado hasta la mesa, y con el cuerpo inclinado, la cabeza baja, ocultaba con una mano sus ojos arrasados en lágrimas, decidida á hacerse echar antes que retirarse de allí.

—¡Padre, yo...!

—¡Acaso una pordiosera como tú es mi hija? ¡Mi hija!... He tenido una

nifia que mi pobre esposa adoraba...

Era una buena y hermosa muchacha,

por la cual hubiéramos dado nuestra

vida... Antes que viniera el día, con

viento, lluvia ó nieve, salíamos á

trabajar la tierra para poder ganar, pues

queríamos hacer de ella una señori-

ta... Tan pronto como pudimos la sa-

camos de la escuela para colocarla en

una Pensión... Deseábamos que fuera

bella, y esto no nos costó nada abso-

lutamente, ni fuerza ni salud. Cuando

estuvo educada, honrada como su

padre, pura como la que la llevó en sus

entrañas, continuamos cuidándola y

trabajábamos doble para procurarle



un dote que le diera el esposo que imaginábamos... Lográmoslo al fin... y cuando con mi vieja veníamos a la noche a cenar, nos consolábamos mirando a la niña, hermosa y digna de nosotros... Y la bribona un día se fugó con un tunante... Hizo reír a todo el pueblo...

Sucedió un momento de silencio, turbado solamente por los sollozos de Juana y los gritos de alegría de los niños que jugaban afuera.

—A fuerza de llorar y de pasar en la estación horas enteras para ver si su hija regresaba, la viejecita tosió... en seguida se adormeció... y quiso que le colocaran en la mano el gorrito bordado que ella había hecho para la primera comunión de su hija.

—¡Padre mío!... ¡Padre mío!... ¡Perdón!

—Durante ese tiempo, ¿qué vida ha llevado ella?... Un parisién que vino al pueblo me dijo: «He visto ayer a vuestra hija en el *Bosque*...»

—Yo no tengo hija.

—¡Sí, señor Coutaud; a vuestra Juanita!... Se la denomina ahora Juana la Limande...

—¡Juro abrirle el cráneo con mi azada al primero que me hable de esa muchacha!...

—Desde entonces no me he atrevido a salir de aquí: me parece que se ríen de mí cuando paso por alguna casa conocida... ¡No he ido a París por temor a encontrarme con ella!... ¡Mi hija!, ¿qué digo?, ¿he tenido acaso una hija?... ¡Fuera de aquí, mendicantes!... ¡Oh!, y pronto!...

—¡Perdón, padre mío, perdón!

—¿Quieres ó no irte?

Y el viejo cogió a Juana de un brazo para arrojarla de su casa; pero ella agarró fuertemente a los muebles gritando:

—¡Piedad!... ¡Padre mío!... ¡Piedad!...

—¿Quieres irte?

Y la lucha continuó.

Colorado, bañado en sudor, con los cabellos sobre los ojos, el niño acudió a los gritos de la madre.

Con sus manecitas separó la blonda cabellera, y dijo con altivez al anciano.

—¿Cómo es que tú haces llorar a mamá, cuando dicen que eres mi abuelo?

El señor Coutaud soltó a Juana, y con los ojos saltándole de las órbitas miró al niño, mudo, inmóvil, sin darse cuenta de los nuevos sentimientos que invadían su corazón... Después quiso hablar... pero tuteó... las lágrimas brotaron de sus ojos, y para ocultarlas abrazó al niño y a la madre.

ALEXIS BOUVIER

Un fraile llegaba siempre a casa de un labrador acomodado en un cuarto de hora antes de empezar la comida:

Cansado el labrador de aquel abuso, varió la hora, pero nada logró; el fraile le llegaba invariablemente antes de comer.

Un día lo vió entrar media hora antes que tenía por costumbre, y por no dar un disgusto a su esposa, hizo que ataran los mozos las caballerías, interin el *pater* se sentaba en la puerta a la sombra de dos robustos olmos. En tablada conversación, hablóse de astronomía.

—Sí, señor, dijo el Padre; si desde el Sol tiraran una bala de cañón, tardaría en llegar a nosotros seis años, tres meses y ocho días.

El labrador que vió la ocasión de soltarle una indirecta, replicóle:

—Conforme: pero yo puedo asegurarle a usted, que si desde dicho astro tiraran a las once y cincuenta y cinco minutos un fraile, a las doce en punto estaría sentado a mi mesa... si es que a esa hora se comía.

El fraile, como es consiguiente, no hizo caso de la indirecta, y comió con más apetito que nunca.

## El mayor monstruo los celos

Pues como íbamos isiendo, hay en Seuta un sordao que le jiso el amor a una jembra que servía en casa de un cura, más salaá que el agua é la má, y le ijo:

«¡Por ahí te pudras, jermosa!»

Y eya le ijc:

«Pues mira, por mi parte te igo que sí; pero mi gente no te van á queré, porque eres mû probe.»

Y añadió á lo último:

«Pues nos hablaremos sin que lo sienta la tierra.»

Y quearon convenios y se jablaron, jasta que un día se enteró la gente de eya, y le jarmaron un belén ar sordao, con que si era borracho, que si era jugao, que si era perció, cuando era más güeno quer pan.

La chiquiya, que estaba ensmorá jasta las cachas, no quería ejarlo, y la mandaron con una tía suya, que era mujé de un pae cura, ó como le yamen á esas que sirven á los curas.

Er sordao se creyó que ayl escaparía mejó, pero se equivocó, porque era peó.

Pues como iba iciendo, él le ijo á su novis:

«Mira, jermosa; po las noches te asomas á la ventana, y así mus veremos, porqué de otra manera mus van á quipar.»

Y eya le ijo que no, que le temía ar cura más cadiós; pero como lo quería un poquiyu, jiso lo que ijo.

Pero un tío chivato que una noche vió apegao á la ventana ar sordao, le dió el soplo al pae cura, y quien no lo oyó ladrá, no oyó cosa güena en er mundo.

Y dende aquer día la mosa no sale á la ventana, y hay presoras mar pensás que isen que si ar pae cura no le pae eya costar de psja, y que po er mismo consiguiente armó la saragata.

JOSE NAKENS

1885

## Amigos que han enviado cantidades para ayudar a EL MOTÍN

Centro Republicano, Reus, 90 pesetas; Juan T. Martel, Ecija, 13; Juan Cabot, Alcira, 3; Ricardo Mateu, Játiva, 11; *El Mercantil Valenciano*, Valencia, 25; Iñel Pérez, Alicante, 5; Juan A. Fandiño, Oviedo, 60.

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

El Campillo.—Serafin Martín, abonada su suscripción á fin Diciembre 1925.

Alcira.—Juan Cabot, id. á fin Diciembre 1926.

Angares.—Francisco Montenegro, id. á fin Septiembre 1925.

Sejalvo.—Manuel Fontañá, id. á fin Junio 1926.

Játiva.—Ricardo Mateu, id. á fin Diciembre 1925.

Bande.—Pío Enríquez, id. á fin Octubre 1926.

Mcnovar.—José Guardiola, id. á fin Diciembre 1925.

Ecija.—Juan T. Martel, recibido su giro de 25 pesetas; cor forme.

Almería.—Antonio Tuñón, id. de 25; cor forme.

Portugalete.—Ruperto Medina, ídem de 9; cor forme.

Sabadell.—Miguel Domenech, id. de 132; cor forme.

Jaraco.—Juan Varela, id. de 3'25; cor forme.

Villanueva.—Estanislao Pastor, ídem de 3'75; va libro.

Vitoria.—Pedro Galdós, id. de 50; con forme.

## OBRA IMPORTANTISIMA

## “REBELDIAS”

EL GRAN PROBLEMA RELIGIOSO DE ESPAÑA

COLECCION NACIONAL DE LOS  
CELEBRADOS ARTICULOS PUBLI-  
CADOS EN DIFERENTES PE-  
RIODICOS DE MADRID

POR

J. TORRUBIANO RIPOLL

TRES PESÉTAS

Esta administración servirá el tomo 1.º á su precio, enviándole 40 céntimos más para franqueo y certificado.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de descuento.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.